

DIVERSIDAD DE IMÁGENES O CARENCIA DE IDENTIDAD PROFESIONAL

Francisco Parra Sandoval - Germán Alexander Molina Soler
SECRETARIO DE EDUCACIÓN DEL MUNICIPIO DE IBAGUÉ - ASESOR PEDAGÓGICO

... las reformas y los intentos por implantar teorías pedagógicas modernas se quedan en un discurso vacío que choca contra toda una tradición educativa y sociocultural. La colaboración, tanto de maestros como de alumnos, es una muestra clara del desfase existente entre los objetivos de la enseñanza y los resultados obtenidos.

Rodrigo Parra Sandoval

Hablar sobre el papel y la imagen del maestro en el entorno escolar y social implica reflexionar, entre otras cosas, sobre el detrimento semántico que la palabra docente, y a la vez la profesión de educador, han sufrido en los últimos treinta años en nuestro país. De una posición social muy digna y una imagen fortalecida por la sabiduría o la erudición se ha llegado a un concepto desgastado por los paros, la inoperancia administrativa y la ineficacia de los procesos pedagógicos.

Algo que nos permite darnos cuenta de cómo en la actualidad las facultades de educación están agonizando, y que las escuelas normales aún no se certifican es que los estudiantes que llegan a los programas de formación de docentes pertenecen a

estratos sociales bajos, no han tenido mucha suerte en el examen del *ICFES* o están haciendo escala para ingresar a otro programa de pregrado.

En el interior de los establecimientos educativos, hoy los docentes proyectan una diversidad de imágenes ante sus directivos, sus compañeros, sus estudiantes, los padres de familia y la comunidad en general. De manera consciente o inconsciente, esto refleja su forma de ser profesional, caracterizada por múltiples situaciones de hecho que la vida cotidiana les presenta día a día.

En cualquier colegio o escuela oficiales es fácil encontrar a un *docente comprometido* con su profesión, convencido sobre su quehacer pedagógico y preocupado por la formación integral de sus estudiantes; a un *docente esperanzado en la participación gubernamental*, creyente fiel de sus ideas socialistas; a un *docente comprometido con otra profesión*, aquella que le genera más dinero que la misma docencia o que, por lo menos, le alivia los gastos familiares.

A un *docente apático a los procesos institucionales*, más afanado por salir que por entrar, y muy necesitado de permisos; a un *docente "sentido" por la inoperancia administrativa de su institución*, a quien le duele ver cómo la infraestructura se cae, los padres de familia y los estudiantes se alejan y los compañeros desperdician sus cualidades; a un *docente resentido contra el sistema*, gritando de viva voz en las marchas sindicales y obligando a sus alumnos a guardar silencio en las clases.

A un *docente saturado de tanta docencia*, trasnochado con tantas planillas y aburrido de ir y venir por colegios y jornadas; a un *docente casi jubilado*, con una sonrisa de satisfacción por

saber que ya casi termina, pero con la tristeza de no saber qué termina, y a un *intelectual* que se queda solitario, porque de tanto aprender de los libros ha olvidado cómo aprender de las personas.



A lo anterior se agrega la variedad suscitada por las múltiples situaciones administrativas en las que pueden hallarse los docentes, según su tipo de vinculación: como *docente nacional, nacionalizado, planta fer, cofinanciado departamental, cofinanciado municipal, municipal de planta y contratado*. Cada uno tejiendo sus propios cuentos sobre cesantías, formas de pago, bonificaciones, primas, sobresueldos y demás aranceles que adornan los desprendibles de pago.

Conjugar las dos tipologías anteriores permite determinar un número bastante considerable de posibles perfiles; cada uno digno de hacerle su propio rasgo psicológico; y cada uno percibido, aceptado o rechazado por sus estudiantes o compañeros. Estas tipologías existen no porque el docente las quiera proyectar, sino porque son sus formas de vida, las que ha asumido en el transcurso de su ser profesional. Es decir, nosotros aquí no hemos catalogado que éstos sean los tipos de docentes que existen en la escuela, sino que esa es la forma como se ven algunos de ellos, en su mayoría. Además, deja entrever las siguientes observaciones:

1. Al mirar esta diversidad de imágenes, en cierta medida uno puede hacer algunas reflexiones: que a menor salario mayor compromiso, y a menor estabilidad laboral mayor compromiso. Nosotros vemos a aquella docente que lucha dos meses, acompañada de un político o de algún amigo, solicitando un contrato, así sea por 10 meses. Entonces le llega y el contrato es para irse a

la escuela de la Cabaña, del Retiro. En fin, en donde a la docente le toca irse caminando durante hora y media todos los días, subiendo en hora y media y bajando en media hora. Y esa docente, llueva, truene o relampaguee, está ahí, se preocupa porque sus estudiantes no se vayan, sabe que si sus estudiantes desertan se le acaba su trabajo, y uno la ve y le mira esa convicción. Entonces resulta que por esas cosas de la vida ella adquiere su nombramiento y se le olvida la convicción, y cuando llueve no puede subir porque está enferma. Se le olvidan todas las rodadas que se pegaba cuando estaba trabajando por contrato, se acaba el compromiso y empieza la pelea por no ir, por sacarle el cuerpo al trabajo.

2. Los diferentes tipos de vinculación degeneran mucho las relaciones entre los mismos docentes, y esto dificulta la relación a la hora de ponerse de acuerdo. Entonces uno nota que el docente que ha podido estudiar y toda esa cosa, dice: “Déjenme a mí el proyecto de educación sexual, porque yo tengo computador en la casa y una buena biblioteca. Yo lo hago”. Entonces el tipo se va y se faja 120 páginas. Y con orgullo entra ese día y delante de todos los maestros le entrega al rector su proyecto. A los tres meses va uno y encuentra el proyecto empolvado, pero la educación sexual sigue con los mismos problemas en el colegio.

Y allí uno mira que hay docentes que sin tanto bombo son los que de pronto le piden al rector que les deje ayudar a ordenar cosas con los muchachos, es decir, va uno y mira y les pregunta “qué es lo que hay”, y ellos contestan: “Éste es un rincón de lectura”, así tenga las telarañas que tenga. Para mí eso es un proyecto pedagógico que no está escrito, pero que sigue siéndolo. Pienso que los docentes que ganamos poquito empezamos a trabajar más para ver si de pronto algún día llegamos a ganar lo que ganan los otros.

3. Los docentes con mejor salario, casi siempre están dedicados a otra actividad comercial o a algún tipo de estudios superiores.

Pero, más de fondo, la variedad de imágenes proyectadas por los docentes repercute en las instituciones educativas, creando situaciones problemáticas que afectan el desarrollo de los procesos administrativos, pedagógicos y de proyección. Se destacan, entre otros, los siguientes problemas:

— Cada docente, según su forma de ser y de pensar, asume una *visión* propia, no compartida, sobre el *deber ser* de la institución. Hay docentes que creen que la escuela es para formar; otros dicen: “No, aquí nos tienen vaciados y toca acabar el colegio”. Cada quien tiene su propia forma de ver la escuela, presentando una disparidad impresionante en las formas de asumir la razón de ser de la escuela y del colegio.

— Los intereses, expectativas y problemas de los docentes están muy lejos de los que contextualizan la comunidad educativa y vecinal. En las culturas los docentes estamos en calidad de préstamo, temporalmente y nunca hemos llegado a transformarlas, sino que estamos más pendientes de ver cómo salimos de esa cultura, pero sin comprometernos nunca con ella. El Proyecto Educativo Institucional tiene, como uno de sus puntos más importantes el que hace referencia a la participación comunitaria. El proyecto se realiza, se proyecta, se prepara con el fin de dar solución a los problemas de la comunidad. Pero por desgracia, los docentes no tenemos ningún nexo con los problemas de la comunidad a la cual asistimos. Por alguna razón del destino fuimos asignados a esa comunidad y eso hace que no tengamos una relación directa con ella.

— Se dificulta el trabajo en equipo que desarrolla acciones hacia un propósito o propósitos comunes. Lo que hay es una cantidad de grupos sueltos que desarrollan acciones hacia propósitos particulares o personales, pero no se permite el trabajo en equipo hacia propósitos comunes. Es muy difícil encontrar esto en una institución educativa y, sobre todo, en una oficial.

— La *autonomía escolar y curricular* se convierte en una suma de libertades individuales que se atropellan para imponer su razón. Cada quien asume la autonomía como quiere, cada quien es autónomo desde su propio punto de vista, cada quien dice que su autonomía le permite ser, en su salón de clase o en la administración, lo que es. Pero nadie se preocupa por armar de verdad la autonomía institucional, esa que confiere el artículo 77 de la ley 115.

— El *plan de estudios* no se construye para la institución ni buscando la formación integral de un estudiante caracterizado por la misma comunidad, sino que es construido por cada maestro según su propia versión del currículo, pues cada quien carga su mochila pedagógica y cada quien tiene su propio plan de estudios. Llevar a estos docentes a realizar un plan de estudios unificado e institucional en donde se apunte hacia el desarrollo y la formación de una persona integral y con unas características específicas para esa institución, es completamente difícil. Las responsabilidades se multiplican, pero lo hacen de acuerdo con lo que cada quien piensa, sin integrarse con los demás para hacer un solo plan de estudio, sino que cada uno tienen el suyo y no se articule con los demás.

— Las *responsabilidades* se multiplican teniendo como referencia las actuaciones individuales, y no se unifican sobre la

base de un perfil institucional. No existen las responsabilidades de equipo, ni las responsabilidades institucionales, no hay responsabilidades que apunten a formar a un estudiante.

— La *participación comunitaria* no tiene cabida en la multiplicidad de propósitos no compartidos.

— El *tiempo escolar* de los estudiantes se ve supeditado al tiempo que puedan dedicar los docentes, según sus propios criterios de comportamiento y sus obligaciones personales. Hablo del docente en el sentido de las imágenes que hemos proyectado. Si el docente está comprometido, tendrá mucho tiempo para sus estudiantes, si no lo está, si está contra el sistema, si es un resentido, pues no tendrá tiempo para el estudiante porque éste va a ser una “lata” y un peso más. Nosotros hicimos un estudio sobre cuántos días realmente trabaja un colegio oficial bueno, y nos dimos cuenta de que se trabaja entre 120 o 130 días, y eso que era en un buen colegio. También encontramos el caso de escuelas con 58 días de trabajo en el año.

— No hay *identidad* respecto a un bien común. Cada maestro sostiene su propia identidad, y ésta se proyecta según la imagen que representa. Es imposible que como grupo docente exista una identidad institucional. Si los docentes no tenemos una identidad con la institución, es imposible pedirle al estudiante que tenga identidad con la misma. Hace veinte años era un orgullo para mí portar el uniforme; hoy los estudiantes salen, se van para el billar, se quitan el saco, lo cuelgan, se sueltan la corbata, se sueltan la camisa, tranquilos, van y vienen como si fuera domingo. Eso para mí no es irrespeto, siempre me pregunto cómo puede tener identidad un estudiante, cuando ve que un docente no le refleja ni transmite identidad.



Sin llegar a exagerar en la pregunta y aceptando lo anterior: ¿Pueden los colegios y escuelas oficiales proyectar una imagen corporativa que los identifique y diferencie de los demás? ¿O pueden convertirse en la garantía social de progreso que pretende la comunidad? ¿O pueden acercarse, en sus procesos pedagógicos, a los procesos políticos, sociales, económicos, culturales y ambientales que los rodean?

Sin lugar a dudas, para que la educación sea, en verdad, el pilar de progreso que tanto se pregona, es necesario que los docentes acerquemos nuestra profesión a la problemática del país; que formemos para la vida, y que no temamos enfrentar el discurso de la violencia, la corrupción, la pobreza y el subdesarrollo, porque los espacios escolares son el mejor contexto, y las discusiones de clase el mejor pretexto, para cambiar los valores de convivencia hacia la paz, la honestidad, el deseo de progreso y la calidad de vida.

También se requiere, con urgencia, que los docentes *desaprendan* y *desestructuren* su contenido técnico-pedagógico; es decir, que dejen de ser “*Enseñantes de Temas*” y se conviertan en profesionales cuyo papel sea formar personas con actitudes y aptitudes propias para el nuevo milenio; que se alejen de la didáctica y a partir de reflexiones pedagógicas auténticas vayan autoformándose en el oficio de “*aprender a aprender*”; y que conceptualicen su labor en el marco de la realidad social que los caracteriza como personajes de la comunidad que tienen la responsabilidad de construir el mundo intelectual y espiritual del estudiante, a partir de la palabra y de la imagen que proyectan. La educación tiene que empezar a hablar de la pobreza, de la

delincuencia, del país subdesarrollado, de todo esto, para poder hacer que este tipo de temas cambien y se empiecen a construir discursos de paz, de progreso, de mejoramiento de la calidad de vida; que los salones de clase empiecen a constituirse en el punto de partida para una formación integral, como lo define el Artículo 5 de la ley 115.

No es un docente acreditado por los títulos universitarios sino un *maestro*, comprometido con su entorno social y escolar, quien proyecta hacia las múltiples miradas y percepciones la imagen de una persona segura de su actuación, orgullosa de su oficio y dispuesta a construir con sus estudiantes un mundo significativo para sus vidas.

Un maestro real y auténtico que viva en el planeta Tierra, en un continente llamado América, contextualizado por los problemas y la cultura latinoamericana, y en un país necesitado de progreso. Un maestro que facilite la pregunta, la observación y la crítica... Un maestro sin complejos... Un *maestro educador*.

Para terminar, quiero compartir con ustedes una reflexión que en una ocasión me regaló un estudiante dándome una queja sentida sobre su escasa formación y, a la vez, sobre tanta formación. Es mi deseo poner a consideración de directivos y docentes y también de algunos administrativos, su gran afición a formar a toda persona de la comunidad, por cierto no de una manera integral. Incluiré el texto escrito por Edilberto Vargas Cabrera, titulado *¿Y de la Formación qué?*

¿Qué es la formación integral?, ¿coincide nuestro concepto de formación con el concepto de formación que tienen los estudiantes?, ¿cuál es la formación que se merecen nuestros

educandos?, ¿la formación que se desarrolla en los establecimientos educativos va de acuerdo con las necesidades, con las expectativas de quienes allá asisten? ¿cuándo, dónde y cómo debemos formar? Éstas son preguntas bastante significativas a la hora de pensar en propuestas pedagógicas; ésta es una visión crítica sobre los procesos de formación. La intención, según como ustedes la quieran asumir, puede ser pedagógica o recreativa, pero en todo caso, es una voz estudiantil con mucho deseo de ser escuchada:

“¿Que qué pienso de la formación integral? Mire profe, no sé qué quiere decir integral y tengo una vaga idea de lo que significa permanente o social, pero sí sé qué es formación. Recuerdo cuando tenía cuatro años y mi abuelo le dijo a mi mamá que ya era hora de meterme en la escuela para que empezara mi formación, y así fue. Esto se inició cuando fui cogido de la mano por mi mamá e hicimos una larga fila para que el director nos recibiera y nos diera el cupo y la ficha para reclamar los papeles de la matrícula. Y la formación siguió, porque después fue necesario hacer fila durante un rato para que una secretaria nos entregara los papeles, otra para que los revisara, otra para que los recogiera y otra para que los archivara.

Bien formados, en silencio, con orden y uno detrás de otro. Desde ese año hasta ahora, en once, es mucha la formación que he recibido en todos los grados: siempre la misma cosa; que forme para entrar, que forme para salir, que forme para las palabras del rector, para las indicaciones de los maestros, para las observaciones de la coordinadora, que forme para las izadas de bandera, para el día del agua,



para el día de la tierra, que forme la cooperativa, en el patio, a la entrada al salón o a la salida de la escuela. Creo que todas estas filas y estas colas son por aquello de la formación permanente, formando en todas partes y a toda hora, lo social es porque para uno no cansarse habla con el de atrás y el de adelante, haciendo amigos.

Bueno, de todos los profes que he tenido al que más recuerdo es al de cuarto de primaria. Ese sí que insistía con la formación, bien derechitos y alineados, en posición de firmes y a discreción, tomando distancia y por orden de estatura, arriba las manos, abajo y adelante.

Creo que ese año le cogí escama al himno nacional, porque teníamos que cantarlo siempre en todos los actos al rayo del sol, bien derechitos y alineados en posición de firmes, porque así es como se canta el himno. No sé qué relación exista entre el amor por la patria y los rayos del sol, o la alineación y la buena voz.

Chévere profe, que hiciéramos fila para entrar a un acto, pero que luego nos dejaran sentar como en el estadio o en el teatro, y que nos dejaran cantar el himno nacional parados en cualquier parte, mirando la bandera con respeto y mirando hacia el cielo con la mano en el corazón, como me dice mi papá en el estadio.

Lo cierto es que le agradezco al colegio por tanta formación, porque no voy a sufrir mucho cuando me toque pagar servicio. Según me dicen, allá la formación es más

estricta. Aunque me hubiese gustado que la formación en mi colegio hubiera sido integral por haber servido para integrarnos, no en filas ni en colas, sino ubicados unos frente a otros mirándonos a los ojos, como nos sentaba la profesora de Sociales, cuando la regañaba el coordinador por hacer desorden en el salón. O que a la hora de formar nos dieran la oportunidad de ser nosotros mismos, no los que los profesores quieren que nosotros seamos; que en la formación pudiéramos participar como personas, ubicándonos en el sitio que quisiéramos, reflejando gusto y orgullo por ser parte de la institución.

De todas maneras, profe, me siento muy poco formado aún con tanta formación”.

Estas consideraciones **intentan** desacomodar los conceptos que los docentes estamos manejando hoy de manera libertina, sobre la educación como un proceso de formación integral, permanente, social y cultural, expuestos en la ley general de educación y asumidos como lema en la mayoría de principios y fundamentos institucionales de los establecimientos educativos.

¿Que la educación es un proceso de formación de verdad?, esto sólo lo pueden afirmar los colegios y escuelas que ven a sus estudiantes como personas y no como números de matrícula o como hijos de papás que deben pensión.

Estos colegios y escuelas donde las actividades administrativas, pedagógicas y de proyección se piensan, planifican y ejecutan para resolver necesidades intelectuales, culturales, afectivas, estéticas y espirituales de la comunidad educativa que atienden. Y donde estas actividades, en suma, son

propuestas para formar *íntegras* a las personas, o mejor, formar personas íntegras porque en forma permanente les dan la oportunidad de ser responsables, eficientes, autónomas; les brindan la ocasión de amar a su colegio o a su escuela, de mostrar con orgullo su uniforme, de liderar clubes o grupos, les propician el tiempo y el espacio para preguntar y responder, para comunicar y entender, para criticar y proponer. Es decir, en general que dan la oportunidad de realizar actividades que permiten y obligan a los estudiantes a ser, sentir, pensar y proyectarse como personas importantes en su propio crecimiento y en el crecimiento de su institución.

Si no es así, si seguimos formando sin formar, un día nuestros estudiantes se van a rebelar y, a los cuatro vientos, se escuchará un grito unísono que dirá: “Estoy deforme e inconforme con tanta formación”.